

POR VÍCTOR LENORE

MARGARET THATCHER Y LA CULTURA POPULAR



| La primera ministra conservadora impactó profundamente en el pop, la literatura y el cine. El odio que vertieron los intelectuales a paletadas contrastó con su apoyo popular

Hay una paradoja que resulta estimulante, señalada por el periodista John Harris en *The Guardian*, que radica en que Margaret Thatcher no era persona muy interesada en la cultura, pero aún así logró cambiarla de una forma en que muy pocos políticos han sido capaces. Le gustaba, sobre todo, releer los libros de Frederyck Forsyth y le interesaba tan poco la poesía pop que su canción preferida era una instrumental, titulada «Telstar» (The Tornados). El novelista anglopaquistaní Hanif Kureishi afirmó con razón que ella «no entendía el lugar central que ocupan las artes en la vida británica, ni lo bien que se le da a Gran Bretaña la producción de libros, películas, teatro y música». Su condición de hija de un frutero la acercaba al ciudadano común y la alejaba del mundo del arte y de las élites progresistas.

Uno de sus críticos más implacables fue Paul Weller, líder de las bandas *mod* The Jam y The Style Council. «Con el thatcherismo, tenías una postura muy clara, ¿verdad? Radicalizó a mucha gente. No podías quedarte de brazos cruzados, viendo lo que le estaba pasando al país: el desmantelamiento de los sindicatos, el desempleo y la desintegración de las comunidades; en definitiva, todo. Así que te posicionabas en un bando o en el otro, y eso se reflejó en mi obra». The Jam le dedicaron su himno clásico «Town called malice», que hace un retrato de los peores años del thatcherismo —1981 y 1982—, cuando el país soportaba tres millones de parados y perdió una quinta parte de su capacidad manufacturera.

Las canciones pop contra el thatcherismo son ya un género en sí mismo: The Specials hicieron otro retrato sombrío de aquellos años en «Ghost Town», mientras Morrissey compartía sus fantasías sádicas con la explícita «Margaret on the guillotine» y Elvis Costello cantaba una joya escrita por Robert Wyatt titulada «Shipbuilding», que retrata la alegría y la melancolía de un pueblo con astilleros cuando sube la carga de trabajo debido a la guerra de las Malvinas. Por supuesto, el punk tardío también tomó inspiración de Thatcher, por ejemplo, la canción del colectivo anarquista Crass sobre aquella guerra, cuyo título se puede traducir como «¿Qué se siente al ser la madre de mil muertos?».

En abril de 2013, cuando Thatcher falleció, enseguida entró en el top cinco de ventas la canción «Ding dong, la bruja ha muerto», que interpretó Judy Garland para la versión clásica de *El mago de Oz* (1939). Por supuesto, eran izquierdistas que la compraban en Internet para celebrar que la líder *tory* ya no estaba entre nosotros. Especialmente combativos fueron los fans del Liverpool, club obrero por excelencia de la Premier League. Algunos aficionados desplazados al Madjeski Stadium para ver el partido entre el Reading y su equipo mostraron pancartas relativas al reciente fallecimiento: la famosa «Ding dong, la bruja ha muerto» y otra que decía «No te importó cuando mentiste, no nos importa que hayas muerto», alusiva a la tragedia de Hillsborough. La hinchada roja siempre ha reprochado a Thatcher no haber hecho lo suficiente por esclarecer el suceso en la que perdieron la vida 96 personas.

Casi todos los periodistas culturales coinciden en que la gran novela del thatcherismo es *Dinero* (1984), de Martín Amis. En vez de dirigir sus dardos hacía la líder conservadora, como hizo el premio Nobel de literatura Harold Pinter, Amis prefirió mostrar las consecuencias humanas del thatcherismo en un protagonista partidario del giro neoliberal, consumido por el cinismo y el hedonismo. John Self, un individualista irreductible, es un ejecutivo de la publicidad que vive a todo trapo entre Londres y Nueva York, paseando su adicción al porno, la cocaína y el dinero.

Respecto al cine, el gran crítico del thatcherismo es Mike Leigh, autor de la inquietante película *Mientras tanto* (1983), que retrata una familia de cuatro miembros donde la madre es la única que no está en el paro. El aburrimiento, la falta de sentido y la frustración por la falta de oportunidades destroza los vínculos entre los personajes, que solo pueden agarrarse a la tabla de salvación del humor. Leigh también analizó el desmantelamiento del Estado del Bienestar en cintas como *High hopes* (88) y *Naked* (93), que reflejaban su postura de que Thatcher impuso una visión «mezquina» del país, donde el éxito económico estaba por encima de la solidaridad y la cultura colectiva. Además, ha criticado cómo su gobierno trató la cultura, promoviendo una visión más comercial y utilitaria (en realidad, más sensible a los usuarios, según los partidarios de la líder).

Más allá de Leigh, que se centraba en dramas cotidianos, Ken Loach cogió la antorcha del rechazo al legado político de Thatcher con películas tan crudas como *Agenda oculta* (1990), crónica del enfrentamiento armado en Irlanda del Norte. Abriendo un poco más el ángulo histórico, firmó el documental *El espíritu del 45* (2013), sobre la cultura laborista que arranca con el fin de la Segunda Guerra Mundial y termina en los ochenta con el triunfo de *Maggie*. Otros ángulos distintos para cuestionar el thatcherismo desde el cine son *Mi hermosa lavandería* (1985), de Stephen Frears, cuya acción transcurre en el Londres migrante y *queer* de aquellos años; también la exitosa *Full Monty* (1997), comedia acerca de la supervivencia tras la destrucción de los viejos vínculos obreros; y, por último, *La Dama de Hierro* (2021), retrato de la *premier* vulnerable y crepuscular que le valió un Oscar a Meryl Streep.

Para los titiriteros satíricos de *Spitting Image*, la popular serie de televisión de la década de los ochenta, Thatcher era una déspota que fumaba puros, una carnicera con un cuchillo ensangrentado o una líder dominante en un Gabinete de eunucos. «Ella fue una de las principales razones por las que hicimos *Spitting Image*. Sabía por qué lo hacía y habría matado a mi madre por hacerlo. Sabía lo que pretendía retratar, cosas como la brutalidad descerebrada de la guerra de las Malvinas. Las marionetas eran simplemente versiones aumentadas de la realidad, así que había tres Thatchers: una que te hablaba como si tu perro hubiera muerto; otra que te gritaba y otra que echaba espuma por la boca. Nunca hubo una Thatcher sonriente. ¿Qué sentido tendría?», explica Roger Law, uno de los dos creadores del programa.

¿Por qué sigue Thatcher despertando tanto odio medio siglo después de que triunfase en la política británica? Muy sencillo: porque pasó como un rodillo por encima del laborismo, dejándolo hecho fosfátina. En una ocasión, siendo ya exministra, le preguntaron a cuál había sido su mayor logro y herencia. Su respuesta sonó demoledora: «Tony Blair y el nuevo laborismo. Hemos obligado a nuestros adversarios a cambiar de opinión», soltó sin vacilar. Blair, quien fue duramente criticado por su decisión de apoyar al presidente George W. Bush en la invasión de Iraq en 2003, hablaba de cómo Thatcher fue «inmensamente amable» con él. «Siempre pensé que mi trabajo era construir sobre algunas de las cosas que ella había logrado en lugar de revertirlas», explicó Blair, para frustración de gran parte de su electorado.

Tras todos los experimentos políticos fallidos del siglo XX, Thatcher logró imponer la idea de que «no existe la sociedad, solo individuos y familias». Acuñó las exitosas siglas TINA, que responden a la frase «There is no alternative», celebrando que el neoliberalismo es el paradigma triunfante de nuestra época. Desprestigió el estado de bienestar, desguazó a los sindicatos y aún así tuvo un enorme apoyo popular. Fue implacable persiguiendo la victoria, así como yendo a la raíz de la batalla cultural, como demuestra su frase «la economía es el método, el objetivo es cambiar las almas de la gente». En sus años de mandato confirmamos que los británicos aman el orden, los discursos sin pretensiones y honrar las tradiciones nacionales, mucho más que experimentar con soluciones sociales vanguardistas.

En una entrevista en la que hablaba sobre la fe protestante, Margaret Thatcher llegó a decir que la pobreza en los países desarrollados se manifiesta como una «incapacidad para la previsión y el ahorro» que tiene su origen en un «grave defecto de la personalidad». Despreciaba las «llamadas a solidaridad», los «mecanismos de redistribución de la riqueza» y cualquier variante de la «justicia social». Thatcher resumía su marco político en la «teoría de las dos naciones»: una laboriosa, honrada y buena que recibe su justo premio en forma de integración cultural y renta salarial. Y otra de vagos, adocenados y parásitos que recibe su merecido en forma de pobreza y exclusión. Completamente ajena a la cosmovisión católica, opinaba que quien utiliza el transporte público después de los treinta años es un fracasado.

Stuart Hall, un prestigioso sociólogo británico de origen caribeño, militante del marxismo gramsciano, fue uno de los intelectuales que más se interesó por el enorme poder político del thatcherismo, sobre todo por su capacidad para noquear a los laboristas. Thatcher se hizo querer, entre otros factores, por no caer en las retóricas vendehumos del progresismo respecto al futuro: «No prometió una sociedad obsequiosa. Dijo 'tiempos de hierro', manos atadas, labios sellados, sigue adelante, sube a la bici, toma posición. Sostened con las viejas y probadas verdades la sabiduría de la vieja Inglaterra. La familia ha mantenido a la sociedad unida; mantened su ejemplo. Enviad a las mujeres de vuelta al hogar. Poned a los hombres a defender la frontera noreste. Tiempos difíciles a los que, algún día, seguirá el regreso de los buenos tiempos. Os pido que os atéis el cinturón, no

durante un tiempo, sino dos y tres. Al final, dijo, podré redefinir la nación de tal manera que todos vosotros, por primera vez desde que el imperio empezó a irse por el desagüe, sentirá cómo es ser parte de una Gran Bretaña sin límites. Seréis capaces, una vez más, de enviar a nuestros chicos ahí fuera, de ondear la bandera, de recibir de vuelta a la flota. Gran Bretaña será grande otra vez», parafraseaba Hall en 1988. Por supuesto, fue uno de los grandes precedentes del trumpismo, otro movimiento político tan amado como odiado.